



José Agustín Goytisolo

Poeta

entrevista

«No me sale la bestia ni en los versos ni en la vida»

«Te queda mala baba si lees a un fantoche que dice tonterías; por ejemplo, Cascos»

Oviedo, Javier CUERVO
José Agustín Goytisolo, poeta, pasó el fin de semana en Oviedo para asistir al homenaje que se dio a su «hermano mayor» Angel González. Poeta del medio siglo en veinte libros, barcelonés, 69 años, Goytisolo en verso (es hermano de Juan y Luis Goytisolo), sentimental e irónico, es un hombre que habla de una forma que parece cercano.

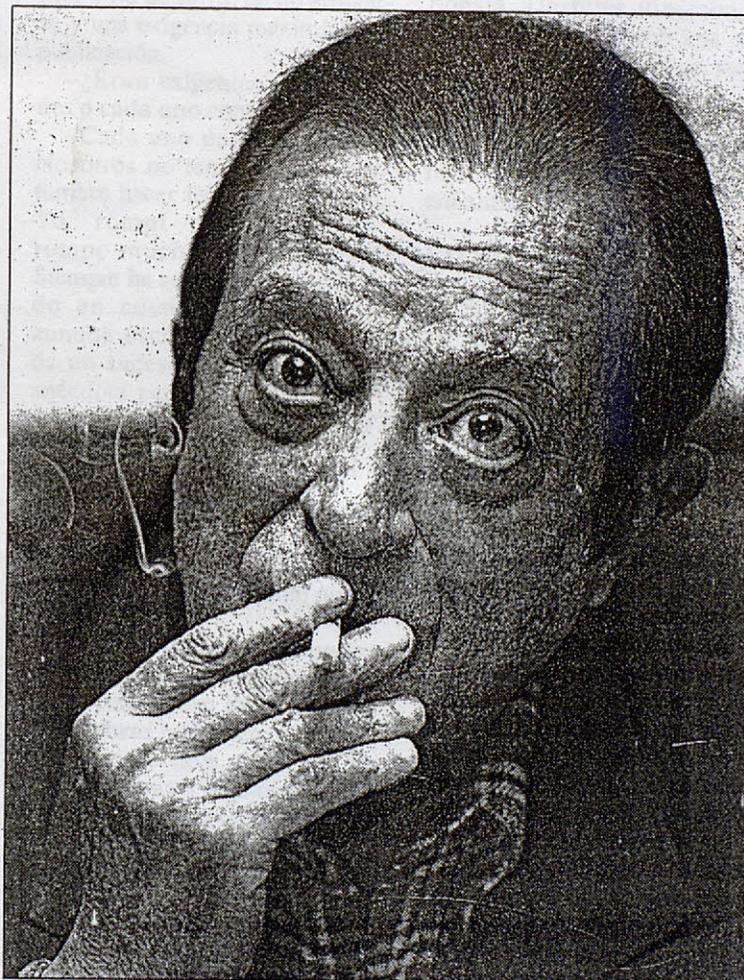
—¿Oviedo ya se ha convertido en una de sus ciudades?

—Pronto hará veinte años que vengo una o dos veces anuales. Me gusta la ciudad y cómo es la gente. Conozco toda Asturias. He metido en ese vicio a mi nieto, Víctor, de 10 años, que pasó este verano en la región. Víctor es el hijo de Julia.

repliqué que la madre se llamaba Asunción. «Ya me entiendes», zanjó. Dijo en una sola frase las dos palabras prohibidas desde 1938 hasta mediados de los cincuenta.

—Usted tiene también otra palabra que le cuesta decir: «España». Estuvo a punto de escribirla en un poema, pero prefirió cambiarla por «mi tierra».

—Se abusaba mucho del «pongo la mano sobre España» y «España ahogándose» durante las reuniones clandestinas, en los conventos, en los sindicatos. A mí me parecía «pronunciar su nombre en vano» y que se podía hacer un antifranquismo más inteligente acogiendo a la ironía y los dobles sentidos.



NACHO VELA

José Agustín Goytisolo vino a Oviedo para homenajear a Angel González.

se ríe, pero era una cosa seria. Un libro mío como «Salmos al viento» tenía poemas como «La mujer fuerte», que era la dueña de una casa de putas, o «El señalado», que era un marica de lavabo. No tenía pase fácil, pero delante de cada poema coloqué una cita de la Biblia y pasó la censura. Lo usé más veces porque escribí epigramas y sátira, tengo ese libro de «Los cuadernos de El Escorial». Yo uso mucho algo que a la gente le da angustia decir: la ternura. No puedo ser brutal escribiendo, decir cosas como «tus muslos» o «tus tetas». Hasta Neruda, del que me han gustado tantas cosas, dice cosas como «me gusta cuando callas porque estás como ausente». Yo eso no puedo decirlo: es como decir me gusta cuando no estás.

—¿Nunca le sale la bestia?

—Ni en los versos ni en la vida. Esto del lenguaje brutal ha pasado ahora también a las chicas. A mí me parece algo demasiado íntimo y bonito para decirlo brutalmente. Esas cosas se pueden decir sin decir nada. En «La noche le es propicia», un poemario de amantes, no sale nada brutal y se entiende todo.

—¿Qué música tiene en la cabeza cuando hace un poema?

—Muchas. Tengo un bagaje

Goy P/1985(1)

-A la que usted hizo famosa en el mundo por los versos que dedicó a su nacimiento: «Palabras para Julia».

-Sí. Ahora ya le da igual, pero durante bastante tiempo le molestaba que la conocieran por ese poema.

-Que hizo famoso Paco Ibáñez.

-Sobre todo él, pero también lo cantaron Mercedes Sosa, Soledad Bravo y Nacha Guevara. La que más me gusta a mí es la de Paco.

-Ha hecho un poema universal de una palabra que tuvo prohibida en su infancia.

-Sí, Julia era el nombre de mi madre, que murió en un bombardeo durante la guerra civil. Mi padre no superó su muerte, entró en una depresión y durante toda nuestra infancia nos prohibió decir dos palabras: «madre» y «Julia». Cuando mi mujer estaba embarazada nos preguntábamos si sería niño o niña y qué nombre le pondríamos. Mi padre, sorprendentemente, dijo «se llamará Julia, como la madre». Yo le

-NO es una palabra que naya tenido suerte. Ahora también cuesta pronunciarla en más de media España.

-Entonces los que la decían eran los antifranquistas, quizá porque perpetuaban el mito del 98.

-La base de su grupo poético es la amistad, según dicen ustedes. ¿Era una amistad también política?

-Unos éramos amigos desde niños, otros nos hicimos amigos mayores. El antifranquismo era una cosa cívica y no

social. Se la llamó poesía social, pero era poesía política, pero como había una Brigada Político-Social si te fichaban por maricón o por puta era menos que por política. No me gustaba la denominación de poesía social. Poesía social era también la que se leía a las señoritas en la puesta de largo. «¡Hola!» es una revista social. Era poesía comprometida. Y somos más un grupo poético que una generación. Ahí está la broma de Angel González: «Mira que llamamos generación a noso-

tros, que éramos unos degenerados»... Teníamos una actitud de buen humor, con ganas de divertirse y no de sufrir, de no arrugarse y una exigencia máxima en la publicación.

-¿Eran exigentes entre ustedes o cada uno consigo mismo?

-Cada uno consigo mismo. Nosotros no teníamos por costumbre hacer lectura de poemas.

Yo rompí y rompo mucho. Siempre he tenido en cuenta, aunque escriba de un suceso o anécdota personal, que hay que despersonalizarlo de tal modo

que a partir de aquella sensación el lector también sienta que le pasa a él. El poema acaba en el lector y es más importante que el poeta.

-Ustedes fueron unos poetas que parecían no querer parecerlo, con su uso de la ironía y de palabras normales.

-Siempre tuve claro que no había palabras y objetos poéticos y palabras y objetos no poéticos. No quiero que el lector sepa mis emociones, quiero despertarle emociones. Corríamos el riesgo

de convertirnos en otro tópico. Antes estaban los garcilasianos y nosotros reaccionamos contra esa poesía. Después vinieron los novísimos, que fueron una reacción a nosotros. Ahora se vuelve hacia atrás.

-También fueron jóvenes desencantados o enfadados. ¿A lo largo de estos años se ha encantado con algo?

-No soy un desencantado porque nunca he estado encantado con nada. Hubiera podido vivir mejor y también vivir peor. No me

«Rompí y rompo muchos poemas. El poema acaba en el lector y es más importante que el poeta»

quejo.

-¿Ha perdido algo del enfado?

-La mala baba siempre te queda.

-¿En qué se nota?

-Cuando lees a un fantoche que dice tonterías.

-¿Por ejemplo?

-Álvarez-Cascos.

-Usted mantiene la actitud, pero, ¿no ha cambiado todo mucho?

-No hay censura. Cuando hablamos de la censura, la gente

muy grande de Catulo, Marcial y Juvenal. Como ellos, no empleo las comas porque no hacen falta. Baso el ritmo en la cesura y en la cadencia para que el poema sea finalmente recordable por otra persona. Lo escribo, lo guardo, dejo pasar quince días, lo vuelvo a mirar y si lo recuerdo pienso que el lector también lo podrá recordar.

-Ya no se memorizan poesías.

-Si tienes la suerte, que tengo yo, de que te hayan puesto música a 12 o 13 poemas, sí. Se recuerda más fácilmente la música porque hay un ritmo, pero nunca escribí para que le pusieran música a mis poemas.

-Actualmente hay muchos libros de poesía, ¿quiere eso decir que hay muchos poetas?

-Esto es horrible. Cada autonomía tiene una Consejería de Cultura y cada consejero unos amiguetes a los que publica. Si a eso sumas los que se autoeditan resulta que te llenan la casa de libros.

-Ustedes se canalizaban a través de unas pocas revistas.

-Tampoco. Estaban las revistas oficiales. Nuestra suerte es que fuimos un grupo de amigos antes de ser escritores y que fuimos lectores antes que escritores.

604 P/1985 (2)